

ALFREDO DE PACHECO

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO «LA ABEJA» DE 25 DE MAYO DE 1835

ALFREDO DE PACHECO

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL NÚMERO 391 DEL PERIÓDICO «LA ABEJA»,
CORRESPONDIENTE AL 25 DE MAYO DE 1835

Hubo un tiempo, y ese tiempo se pierde en los orígenes del mundo, en que el hombre, conducido por la fe, se humillaba ante el poeta, dueño de su corazón porque pulsaba la lira; la espontaneidad y el entusiasmo forman los vínculos de las sociedades que nacen, como la razón ocupa el trono de las sociedades que marchan, y la indiferencia y la duda el de las sociedades que perecen. En el primer período el poder social reside en el poeta, y se realiza su acción por medio del canto y la armonía; en el segundo reside en el legislador propiamente dicho, y se realiza por medio de las leyes; en el tercero el poder social no existe, y los pueblos vegetan en el marasmo ó naufragan combatidos por las revoluciones. Las sociedades nacientes aplauden al poeta, y respetando el velo de gloria que le cubre, le siguen sin preguntarle á dónde; así el pueblo de Dios hunde su frente en el polvo y escucha los preceptos del Altísimo que canta Moisés con una lengua de fuego desde las cuestas del Sinaí. Las sociedades avanzadas en la carrera de la civilización, si aplauden alguna vez al hijo del canto, preguntan antes y examinan; así Byron, emanación sublime de diez siglos, personificación portentosa de una crisis social, de cuya lira no se escapó jamás un acento que no resonara profundamente en las entrañas de la Europa como un eco lejano de las tempestades que la combatieron, ó como murmullo siniestro y misterio-

so de las que veía acumularse sobre su horizonte en un oscuro porvenir, no pasó delante de nosotros sin que le pidiésemos sus títulos; títulos que pedimos aún y examinamos sobre su gloriosa tumba. Cuando las sociedades rayan en la decrepitud; cuando el entusiasmo se extingue y cuando los esfuerzos de una razón impotente las conducen á la imbecilidad y á la indiferencia, el poeta pasa entre los hombres como el peregrino por tierras extrañas, sin que una mano amiga le ofrezca su apoyo en su viaje solitario, sin que un solo eco responda á su inspiración y sin que una frente religiosa se incline ante el sacerdote de los abandonados altares de las musas. Si la Europa de nuestros días está muy lejos aún de este término fatal de la civilización de las naciones, está más lejos todavía de la espontaneidad de su infancia y del entusiasmo y la fe que arrieron en su corazón con los rayos de su aurora ¹.

Tales son las primeras reflexiones que se han ofrecido á mi idea al escribir este artículo: mi alma se hubiera abandonado gozosa á la merced del poeta, esclava de la armonía: tal vez entonces, poeta también é inspirado de su fuego, hubiera entonado cantares dignos de los suyos, y se hubiera lanzado de mi lira un himno de admiración y de alabanza; pero muy pronto el espectáculo de la sociedad que me rodea me hizo conocer que era necesario seguir distinto rumbo, porque no es dado á la individualidad del hombre luchar con éxito feliz contra la ley del progreso que domina las generaciones humanas; ley siempre fatal, y que encierra en su seno una serie de consecuencias lógicas é inflexibles que es forzoso que se realicen y se cumplan ². Esta ley quiere que los hombres de nuestros días sean pródigos de razonamientos y avaros de alabanzas; que sean menos dados á transmitir un nombre á la posteridad

¹ No deben causar sorpresa en el lector estos erróneos conceptos de Donoso acerca de la Historia y sus épocas ó momentos, que él tenía por fatales, porque ya lo habrá visto más de una vez enunciado en el volumen III de sus obras, anterior al presente.— (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Véase la nota de la página anterior inmediatamente á ésta.— (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que á condenarle al olvido, y que, jueces de los candidatos á la gloria, examinen con detención, si no con ceño, los títulos que presentan. Voy á examinar, pues, los títulos del autor de *Alfredo*; pero antes de comenzar este examen será bien que eche una rápida ojeada hacia los sistemas que nuestra civilización ha producido sobre las condiciones necesarias de la belleza poética en su aparición y en su desenvolvimiento.

Es error acreditado contra los que cultivan las letras, considerar á la Poesía como una abstracción inmodificable, en la que no reflejan nunca las revoluciones del mundo moral, y que permanece como un punto siempre inmóvil en medio de la continua transformación de las ideas y á pesar del transcurso de los siglos. Los que esto dicen no saben que, considerando así á la Poesía, la despojan de su calidad de humana, porque el carácter de la Humanidad es estar sujeta, en la realización de todos sus fenómenos, á las variaciones del espacio y del tiempo; esta ley de transformación continuada preside á la inteligencia en todos sus actos y en todas sus manifestaciones: sin ella no hay perfectibilidad, y sin perfectibilidad el mundo entra en el caos y es incomprendible la Historia. Esta es al mismo tiempo un cuadro y una lección: es un cuadro, porque en cada uno de los períodos que recorre pone á nuestra vista un centro de actividad y de esfuerzos simultáneos de la especie humana, que en cada uno de los períodos que la constituyen, marcha en una dirección constante hacia un punto determinado y fijo que sirve de complemento á su tendencia moral; es una lección, porque no siendo el presente sino la realización de tendencias pasadas y el principio de nuevas tendencias, y no siendo lo futuro sino el término de las tendencias presentes, puede calcularse por ellas el destino del hombre y el estado normal de las naciones; considerada así la sociedad, todos sus fenómenos y sus manifestaciones tienen un enlace íntimo entre sí; y es tal su trabazón y su armonía, que ningún hecho aislado puede explicarse por sí mismo si no se le considera con respecto al todo; es decir, con respecto á la tendencia general que le

ha servido de causa, y que explica su aparición y sus efectos. Los que consideran á los fenómenos como individuos no los consideran en realidad, porque, separándolos del todo, ni son medios, ni constituyen un fin; y un fenómeno que no es ni lo primero ni lo segundo, no es un ser, es un error. Si esto es así, los que consideran á la Poesía como una individualidad que no recibe su expresión y sus colores de la sociedad en que aparece, sino de ciertos principios abstractos é inmodificables, creyendo que la consideran, la aniquilan, y creyéndose filósofos, desconocen las leyes de la razón humana y los hechos más notables consignados en la Historia. Si la extensión y la naturaleza de un artículo no hicieran imposible engolfarse en el vastísimo océano de la Metafísica, no me sería difícil probar lo absurdo de semejante sistema, si es que así puede llamarse el que comienza por hacer estacionaria y estéril á la Poesía, es decir, á lo que hay en la naturaleza humana de más eléctrico y fecundo, y concluye forzosamente por despojar al sentimiento, en el que tiene su origen, de la elasticidad é inestabilidad que le constituyen. Pero la Historia, si bien menos rigurosa y exacta, más accesible que la Metafísica, severa de suyo, y erizada de dificultades y tropiezos, bastará en esta ocasión para mi propósito.

En tres grandes secciones puede dividirse la Poesía, como la Humanidad que la comprende, á saber: la poesía indostánica, la poesía griega y la poesía de los siglos bárbaros. La primera aguarda que la crítica la nombre cuando la conozca y haya recorrido sus anales rasgándose el velo misterioso que sobre ella han arrojado los siglos; á la segunda la ha llamado clásica, y romántica á la tercera; los monumentos de estas últimas existen; las sociedades que los contemplaron admiradas viven aún porque viven en la Historia, y el filósofo, al recorrer sus producciones, puede examinar su carácter y descubrir su origen y la razón de su existencia; y si, por ventura, al entregarse á su estudio, no ve en ellas sino el reflejo de las sociedades en que brillaron, si no han oído nunca más que su voz,

armoniosa y sublime en los tiempos de sus triunfos y su gloria, ó moribunda y lastimera cuando su pendón se abate sepultado entre ruinas; si, á pesar de sus continuas variaciones, esa voz ha sido siempre bella, cuando ha sido análoga á la situación moral de las naciones, fuerza será convenir que la Poesía, lejos de existir aislada y de obedecer á principios determinados é inmodificables, sigue en su aparición, en su marcha y en su desenvolvimiento las mismas leyes á que está sujeta la vida de las sociedades humanas.

Esto supuesto, ¿cuál es el carácter de la poesía griega ó antigua? El carácter que tuvo la antigüedad, la Grecia. ¿Qué carácter tuvo? El que es necesario que tenga toda sociedad, que es el antecedente inmediato de una sociedad viril como la de nuestros días; y como el período que precede á la virilidad es el de la infancia, la Grecia y su poesía entran en el círculo de una sociedad y de una poesía nacientes. Esto dice la razón, y así las pinta la Historia. El primer sentimiento de una sociedad infante, es el sentimiento de su fuerza; sentimiento que realiza en el mundo físico y en el mundo moral por medio de una acción irresistible y espontánea con que da principio á su historia. La primera página de los anales de la Grecia es una conquista, y la segunda un himno. Aquiles y Homero son una misma cosa: el primero realiza con su brazo lo que el segundo con su inteligencia, ó, por mejor decir, el primero es el brazo y el segundo la inteligencia de un pueblo que se constituye y que, invadiendo á un mismo tiempo al mundo físico y al mundo moral, da principio á su invasión con dos victorias. La civilización antigua no pereció con Atenas, porque, refugiándose á la tienda del vencedor, subió con él al Capitolio. Pero los Emperadores llegaron á su vez, y la decadencia de la sociedad y de la civilización empezó con el Imperio. Homero fué el poeta de una sociedad naciente, y como naciente, lozana y vigorosa. Virgilio fué el representante de una sociedad gastada y moribunda: la *Ilíada* es un himno magnífico y sublime: la *Eneida* una lúgubre elegía. Homero es bello como la esperanza;

Virgilio bello como el dolor cuando se pinta en el semblante de una virgen. El canto de Homero se dilata por un horizonte sin límites y en una región inmensa; en Virgilio hay un no sé qué de fatídico y funesto que anuncia una catástrofe cercana; su lira es la lira de un profeta que ha rasgado el velo del porvenir y ha descubierto un abismo. Homero canta para conducir á un pueblo al combate; Virgilio canta para conducir á un pueblo al sepulcro.

El sentimiento de la fuerza produce un movimiento de expansión en la sociedad y en el hombre; por eso en el orden lógico y progresivo de nuestras ideas observamos que siempre nacen primero en nosotros las que dicen relación con los seres físicos, y que sólo en un período más avanzado lucen á nuestra vista las que conciernen al mundo moral. El yo humano no puede ser comprendido por una sociedad infante que sólo conoce lo que la rodea; y si se estudia la Historia, se observará que la naturaleza física domina á la infancia del hombre como señora, y la obedece en su virilidad como esclava; este solo fenómeno basta para explicar la diferencia que existe entre la antigua y la moderna civilización.

La civilización antigua buscó el tipo de lo bello en la naturaleza física; la civilización moderna en el mundo moral; la primera creyó encontrarla en las formas; la segunda en las ideas. Por eso las repúblicas griegas defendieron con entusiasmo la libertad política, que es una forma, y se cuidaron poco de la libertad civil, que es una realidad; pero aquella forma era bella, era sublime, y esto bastaba para entusiasmar á un pueblo infante, más celoso de parecer libre que de serlo; por eso las estatuas que decoraban sus pórticos sirven de asombro á los siglos, que no han pasado por ellas sin tributarlas el homenaje de la admiración; por eso, en fin, su poesía ofrece el espectáculo de las más bellas proporciones, cautivando la imaginación y los sentidos. Pero si se penetra más allá de la forma para buscar el pensamiento, es fácil descubrir, aun en medio del brillo que le envuelve, que el hombre, con su incertidum-

bre y sus misterios, no era conocido todavía; su poesía dramática sólo nos pinta *acciones*, porque una acción es un hecho que dos pueden ver; pero no pinta *caracteres*, porque un carácter es el resultado de la tendencia general de una multitud de acciones moralmente enlazadas entre sí, y que sólo el hombre que se reconcentra dentro de sí mismo puede analizar. Pero la civilización antigua, como la sociedad que la abrigó en su seno, llegaron á su fin; un huracán venido del Norte y una Religión venida del Cielo anunciaron que la virilidad del hombre era llegada, y que una nueva aurora iba á brillar en el horizonte de la inteligencia.

Desde que apareció el Cristianismo dominando al mundo desde el Trono de los Césares, comenzó la vida interior de las sociedades humanas; el tipo de lo bello pasó del mundo físico al moral, y el hombre, adorador antes de las formas, reconoció el imperio de las ideas bajo el influjo de una Religión divina. Pero como las ideas coexisten con las formas, porque sin ellas no podrían manifestarse en su estado de realización, las formas destronadas protestaron en nombre de la antigüedad; el campo abierto desde entonces á la lucha está lleno de encarnizados combatientes todavía. Tiempo es ya de que cese la contienda en un siglo que, siendo eminentemente comprensivo como el nuestro, es por lo mismo eminentemente ecléctico y conciliador.

Puesto que las formas existen, existe una belleza que las es propia; y puesto que las ideas existen, existe necesariamente una belleza que las es propia también. El punto en que se tocan estas dos bellezas es lo que constituye el tipo absoluto de lo bello, ó lo que generalmente se llama el bello ideal: la civilización antigua creyó encontrarle en las formas; la Edad Media creyó encontrarle en las ideas: el divorcio entre estas dos civilizaciones las condujo al error, y el error á funestos extravíos. La musa de la Grecia, después de haber brillado un momento, perdió la frescura de la juventud y la primitiva suavidad de sus colores, y se hizo amanerada y estéril; así un

fuego fatuo se extingue en el vacío cuando ha brillado un instante, y así debió suceder si se atiende á que la belleza de las formas, único alimento de los pueblos que nacen, no puede satisfacer por sí sola las necesidades de los pueblos que crecen, ni llenar las condiciones de la perfectibilidad humana. La musa de la Edad Media, despreciando las formas que en otros días tuvieron adoradores, se hizo mística y fantástica creyéndose ideal, y se rodeó de espectros, como la griega de ninfas; el extravío de la razón humana ha llegado hasta tal punto, que hay quien piensa que la misión del romanticismo y de la civilización moderna ha sido destruir la belleza de las formas, cuando para el filósofo y para el observador es evidente que la misión del romanticismo ha sido completar, pero completar conservando, el tipo de la belleza antigua. Cuando la antigüedad proclamó la belleza de las formas, proclamó un hecho y una verdad; cuando la adoró como á la única belleza, adoró á un monstruo y cometió un error. La misión del Cristianismo fué desterrar los errores y reunir en un foco luminoso todos los fragmentos de las verdades esparcidas para componer con ellas, completándolas, la verdad absoluta, y dársela en patrimonio á las generaciones venideras. La musa inspirada por la Religión de Cristo no debió aparecer entre los hombres ni menos casta ni menos bella que la cándida vestal. El pudor que brillaba en su frente debió brillar en su ropaje, y sus labios no debían desmentir con sus acentos la modestia que se pintaba en sus mejillas; y, sin embargo, los que, sin comprender el romanticismo, escriben su nombre en su bandera, al invocar con su profana lira á esta musa venida del Cielo, han creído que descendía entre celajes obedeciendo á su canto, porque han visto aparecer en su presencia una sonámbula delirante, cuyo brazo está armado de un puñal, cuya boca sólo profiere blasfemias, cuya planta sólo se asienta sobre cadáveres y lodo, que viene cubierta de harapos, que busca un seno que aún palpíte para saciar su sed con su sangre, y que lleva escrito en su frente *incesto, profanación*. Si la literatura de la Europa moderna no pudiese presentar á

la admiración de los siglos más modelos que los que ha inspirado á sus adoradores esta musa embriagada y decrepita, que sólo invoca el crimen para que presida á sus horribles bacanales, los ojos de la posteridad se separarían fatigados de esos monumentos de oprobio formados de la escoria de dos civilizaciones ya pasadas, y que se elevan sobre sus escombros como pirámides inmensas que abrigaran en su seno, no las cenizas de los grandes hombres, sino los frutos de los crímenes y las torpezas de cien tiranos, sumergidos en la crápula y en la abyección. Pero, por fortuna, la Europa de nuestros días cuenta entre sus escritores algunos genios privilegiados que derraman flores sobre estos campos de muerte, flores que crecerán lozanas y fecundas, y cuyo delicioso aroma se extiende por un ancho horizonte y por un lejano porvenir.

¿Se abrirá este porvenir para el autor de *Alfredo*? En medio de la confusión de sistemas y de doctrinas que arrastran á la Europa en encontradas direcciones, ¿encontrará *Alfredo* la senda de la gloria y de la posteridad? ¿Pertenece, por ventura, á los que aún combaten en la arena por la civilización antigua contra la moderna civilización? ¿Es una imitación de la belleza griega, á la que podrían aplicarse estos versos del más grande de nuestros poetas del siglo XIX:

..... Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora?

No: sobre su frente brilla el sello de la civilización moderna, y sobre su pecho la cruz: Alfredo es el cristiano que sucumbe, no ante la fatalidad de los antiguos, fatalidad exterior, fría, irresistible, sino ante la fatalidad de sus pasiones, fatalidad moderna, borrascosa; fatalidad que es un combate, combate que se verifica en lo más íntimo del corazón humano, adonde no penetraron nunca los ojos de la antigüedad; el hombre de las repúblicas antiguas no se pertenecía á sí mismo, pertenecía al Estado. La *ciudad* absorbía al hombre; la antigüedad no